







Cuentos de "La Provincia"

DOS AMORES

POR S. NORMAND

(Continuación.)

Felizmente, Marcelo habitaba en casa de su madre. Esto le dejaba la posibilidad de respirar, a veces, y de burlar la vigilancia de esa mujer tan enamorada.

El ruido del ascensor que se detenía y el llamado de la campanilla interrumpieron los pensamientos poco gratos de Diana. Se levantó para abrir, consultó su reloj. Cincuenta minutos de retardo. Era demasiado... Con la otra cenaba todas las noches! Había acostumbrado a ello en los tiempos que la amaba, cuando no podía prescindir de esa "cualquiera". Ahora, si él hablaba de un banquete de camaradas, o de su madre, que tenía invitados a cenar, ella comenzaba sus escenas, y él cedía; y el momento de la partida era una tragedia, una tragedia cotidiana. Sospechas, celos, llantos y súplicas violentas, le acompañaban en su huida hacia la libertad. Pero era una libertad bien mezquina. Un cuarto de hora después de la partida de Marcelo, ella llamaba a casa de la madre para asegurarse de que estaba allí. Cierta vez, no habiéndolo encontrado, pasó la noche telefoneando de hora en hora. Así adquirió la certidumbre de que no había dormido en casa de su madre; y, desde entonces, reclinó su precaución. No le dejaba un momento de reposo.

Cuando Marcelo le contaba estas lamentables historias, creyendo justificarse, Diana se ahogaba de despecho y de indignación.

—Un hombre, soportar eso!; Un hombre como tú!

—¿Qué quieres?—suspiraba él, resignadamente.— Me ama, no puede vivir sin mí. Es digna de compasión.

Tratando de calmarse Diana abrió la puerta. No quería parecerse a la otra y recibirlo ásperamente. Alimentaba la ilusión de que, a causa de su dulzura, de su sumisión, él acabaría por preferirla. Abrió la puerta sonriendo.

Pero, al ver el rostro espantado de su amante, la sonrisa desapareció de sus labios y sólo pudo balbucear:

—¿Qué pasa?

—Creo que me ha seguido—le respondió Marcelo, con voz apagada. Entró rápidamente, cerrando la puerta como si temiera que ella entrara también—. No quería dejarme partir. A toda fuerza, quería acompañarme hasta casa. Le dije que me había citado con unos amigos. "Mentiras" gritó. "Yo sé que me engañas. Te mataré" Después tuvo una crisis de nervios; he de decirlo calmada. Fingió que me dejaba salir. Pero detrás de mí taxi se ha detenido otro. Estoy seguro de que "ella" está allí; estoy seguro.

—Y bien; ¿que se quede esperando! Mientras Marcelo se dejaba caer en el diván con un gesto desahogado, Diana se aproximó a la ventana y miró: junto a la acera se veía, en efecto, un automóvil, cerrado, inmóvil. El chófer esperaba fuman-do tranquilamente.

—Escucha—le dijo Marcelo, cuando ella se aproximó al diván y comenzó a acariciarle los cabellos.— Me quedaré una hora contigo y me iré.

Diana se levantó. Estaba pálida y sus ojos relampagueaban:

—Si te vas, no quiero que vuelvas. Hemos terminado.

—Sé razonable, te lo suplico; comprende las cosas.

—Comprendo demasiado!—exclamó Diana y llorando de pena y de despecho, descargó su corazón.

—Razonable! Siempre razonable. Estaba harta de serlo. ¿Acaso la otra era razonable?

—No es lo mismo, querida.

—Nunca era lo mismo! ¿Qué placeres le proporcionaba a ella esas relaciones? En trevistas furtivas, ensombrecidas por el temor; no podían pasear juntos, viajar, ni salir libremente.

Marcelo la escuchaba con tristeza. La había creído dócil, resignada y ahora veía que su espíritu era un libro de quejas. Ah! ¿Cuándo se mostraría indiferente a los atractivos femeninos? ¿Cuándo encontraría paz? Perdía la cabeza entre esas dos mujeres empeñadas en retenerlo. No amaba ya a la primera, pero lo ataban a ella diez años de amor y sacrificios. Amaba a la segunda y temía perderla, aun-

cuando Diana le complicaba la existencia. Diana lloraba.

—Tú bien sabes que te amo; que es a ti a quien amo.

—Por qué no la abandonas entonces? —Ella me ama; preferiría morir a a perderme.

—Y bien; ¿que se muera!

Por primera vez Marcelo escuchaba de labios de Diana palabras tan duras y violentas. Y, sin moverse del diván, continuaron destruyéndose mutuamente con palabras. A medianoche, como él se aproximaba a la ventana, vio que el taxi no se había movido de frente a la puerta de entrada.

—Escucha pequeña. Yo me voy... Pero ella se echó a la puerta para impedirle salir. El fingió reírse, tratando de quitar gravedad al momento. Ella se indignó.

—¡Calla! Te prohibo reír.

—Sé razonable, querida. Piensa que están en juego nuestras vidas.

—¿Dramas ahora? Está bien. Vete. Pero no vuelvas más, nunca más.

—Si, volveré. Te quiero. Pero es necesario que me vaya. Viéndome salir, se con vencerá de que he estado con mis amigos. Si me voy mañana... No, no; es imposible—concluyó con voz de espanto, dirigiéndose hacia la puerta. Pero Diana estaba frente a ella con los brazos en cruz.

—Sé razonable tú también, Marcelo. ella no pasará la noche en el "auto". El chófer se impacientaría...

—Te repito que es capaz de todo. Le prometeré una buena propina.

—¿Qué pagarás tú naturalmente.

El se aproximó tomó a Diana de los brazos y, a pesar de su resistencia, la separó de la puerta. Entonces ella se echó a sus pies, llorando, gesticulando, estreme-cida por los sollozos.

El la levantó en sus brazos, la acunó tiernamente como a un niño.

—No quieres que me vaya? ¿Y si ocurre alguna desgracia?

Ella no creía en una desgracia. La idea de triunfar sobre la otra—loca de celos y de dolor en su "auto"—exaltaba su amor.

—Quédate, mi querido, mi adorado. No me dejes. Y le enlazaba el cuello con sus brazos, húmedos los ojos y entreabierta la boca.

—Sea—dijo él. Su tono era el de un con-dado. En su mirada ensombrecida se mezclaban el miedo y la tristeza. Pero sus brazos estrechaban la dulce y querida carga: el cuerpo de Diana.

A las tres de la mañana, Marcelo suplicó una vez más.

—Déjame ir. Estoy a tiempo, todavía, aunque es bastante tarde. Después...

Diana se levantó y fué hasta la ventana. En frío súbito estremeció todo su cuerpo: el auto estaba allí, inmóvil; el chófer dormía en su asiento.

—¿Y?—preguntó Marcelo, ansiosamente.

(Continuará.)

Para oficinas En sitio muy céntrico se arrienda un precioso local para oficinas Razón "Papelería Inglesa".

BAZAR MASCAROS.-HUELVA

GRAN SURTIDO

EN

NEVERAS :: HELADORAS

VENTILADORES ELÉCTRICOS



THERMOS

Veladores con tapa de mármol

Sillas madera plegables



¿ APROVECHA SU COCHE TODA LA GASOLINA QUE QUEMA ?

VISITE SU GARAGE DURANTE LA

SEMANA CHAMPION

del 21 al 28 de Mayo Y PIDA QUE LE EXAMINEN LAS BUJIAS



HASTA LAS CHAMPION, SIENDO LAS MEJORES BUJIAS, DEBEN CAMBIARSE CADA 15.000 KMS.

FLORENTINO DE AZQUETA

Aceites minerales y grasas.—Empaquetaduras, Tubos y Gomas.—Correas de cuero y pelo de camello Herramientas - Palas - Cables - Malletas

Efectos Navales :-: Agente de "Basconia"

CEMENTOS LEMONA

DEPÓSITO DE TELAS DE SEDA PARA CERNER

SUCURSALES Y DEPOSITOS: Sagasta, 16-Apartado 62 Ceuta - Larache - Tetuán - Villa Sanjurjo HUELVA

Advertisement for PALMIL featuring an illustration of a man pointing to a sign that says 'PALMIL'. Text: 'Es el purgante que deben tomar los niños, por ser eficaz, suave y muy agradable. Exija siempre el verdadero PALMIL JIMENEZ y desconfíe de imitaciones. D. PEDRO DEL MOLINO S. A. - Barcelona'

MORRISON Y HASELDEN HUELVA

Dirección telegráfica MORRISON Teléfono 1315 ALMACENES DE METALES Y MATERIALES PARA MINAS Y PARA CONSTRUCCION

VIGAS, CHAPAS, LINGOTES DE FUNDICION, ACERO PARA BARRERAS, TUBOS, ACCESORIOS, TORNILLOS, REMACHES, ENVASES DE ALUMINIO PARA CONSERVAS WAGONETAS, CARRILES, CABLES, ALGODON, SACOS, ACEITES INSTALACIONES DE AIRE COMPRIMIDO DE TODAS CLASES Cemento REZOLA Plomo "LA CUR" Carbones Cok Duro-Félguera

AGENTES DE ADUANA CONSIGNATARIOS DE BUQUES

EL MEJOR PURGANTE AGUAS DE CARABAÑA Antiherpéticas Depurativas Antibiliosas

JABÓN DE SALES DE CARABAÑA Medicinal y de tocador.-El mejor para las afecciones de la piel

Pedidos: Hijos de R. J. Chávarri, Antonio Maura, 19. Madrid. De venta en Farmacias y Droguerías Pastillape queña, 0,80 Ctms. Pastilla grande, 1,25 Ptas.

ANTES DE ENCARGAR SUS IMPRESOS

CONSULTE Á

IMPRENTA VIUDA DE J. MUÑOZ

DESPACHO: Papelería Inglesa TALLERES: Alameda Sundheim Teléfonos 1431-1132



HUELVA

© Ayuntamiento de Huelva